

## **Una misión que cumplir**

*Emilia Vilamorte*

Sara observaba con asombro cómo las luces parpadeantes de los escuadrones antidisturbios iluminaban la oscuridad de la noche. Estaba rodeada de sus compañeros universitarios, todos ellos con los ojos abiertos de par en par, profiriendo gritos de protesta que resonaban en un aire cargado de tensión. No estaba acostumbrada a estar en medio de una manifestación tan agitada, pero estaba decidida a quedarse y no dar la espalda a lo que estaba sucediendo. El sonido ensordecedor de los gases lacrimógenos estallando, la mareaba mientras tosía y se tapaba la boca con la mano. Las figuras oscuras de los policías avanzaban hacia ellos con sus escudos y porras en alto. El miedo se apoderó de su corazón, pero también una determinación feroz. Por primera vez, era testigo directo de la brutalidad del régimen.

Cuando los gases dispersaron a la multitud, Sara se encontró caminando junto a un grupo de estudiantes que compartían indignación y deseos de cambio. Juntos, discutieron sobre las injusticias que presenciaron, sobre la privatización de la educación que estaba dejando a tantos jóvenes sin acceso a las más mínimas oportunidades. Sara no podía quedarse al margen. En ese momento, se unió al grupo de activistas, que estaba decidido a hacer todo lo posible por luchar contra la opresión política y las desigualdades que asolaban el país. A medida que pasaban los días, Sara se sumergió más profundamente en el movimiento. Aprendió sobre las historias de lucha y resistencia de aquellos que los precedieron, encontrando inspiración en cada palabra y cada acto de valentía. Aunque sabía que el camino sería difícil y peligroso, también sabía que no podía volver atrás. Su conciencia había despertado y no descansaría hasta llevar a cabo la tarea que se le había encomendado.

El campus universitario se convirtió en un campo de batalla, donde la resistencia florecía entre los estudiantes comprometidos con la causa. Sara y sus compañeros de activismo se encontraron en medio de una lucha desigual contra el régimen autoritario, enfrentando la represión con valentía y determinación. Cada protesta organizada era recibida con una respuesta violenta por parte de las fuerzas del orden. Los gases lacrimógenos y las balas de goma se convirtieron en la respuesta del régimen a las demandas de justicia. Pero los estudiantes no retrocedieron. Se aferraron a su convicción de que estaban luchando por un futuro mejor, donde la educación fuera un derecho accesible para todos, y donde la igualdad de género no fuera solo una promesa vacía.

La solidaridad entre los estudiantes se fortaleció a medida que enfrentaban juntos la represión. Otros grupos sociales también se unieron a su causa, reconociendo que la lucha por la justicia social y la igualdad era una tarea compartida. En medio de la oscuridad de la opresión, encontraron luz en el apoyo mutuo y en la camaradería que surgía de la resistencia. Pronto, Sara fue considerada una líder dentro del movimiento estudiantil y feminista clandestino. Su valentía y su dedicación inspiraron a otros a seguir adelante, incluso cuando el peligro acechaba en cada esquina. Mientras Sara defendía sus planes para las próximas manifestaciones y actividades ante sus compañeros, se refería con frecuencia a hechos históricos.

—Me acordé de los del 25 de marzo —solía exclamar—. El sacrificio de los campesinos extremeños que se levantaron en busca de justicia y cambio en el treinta y seis no fue en vano.

Pero con el aumento de la represión, también aumentaba el riesgo. Cada paso que daban estaba marcado por la amenaza constante de la violencia y la persecución, pero estaban decididos a seguir adelante, a pesar de las adversidades, en su búsqueda incansable de libertad y justicia. Sin embargo, las manifestaciones y actividades subversivas del movimiento comenzaron a ser contrarrestadas con una precisión alarmante, como si un delator estuviera informando al régimen de cada paso que daban. Los líderes estudiantiles, aquellos que habían tenido un papel más destacado en la organización de las protestas, empezaron a ser identificados con facilidad por la policía. Una mañana gris y lluviosa, las fuerzas del orden irrumpieron en las casas de los cabecillas, arrancándolos de sus hogares con violencia y sin piedad. La ciudad se convirtió en un campo de batalla, con las calles llenas de antidisturbios y manifestantes combatiendo en un enfrentamiento desigual. Los activistas más significativos fueron detenidos uno por uno, y sus voces fueron silenciadas por las rejas de la cárcel. Con cada arresto, la revuelta perdió fuerza, como si el corazón mismo del movimiento hubiera sido arrancado de su pecho. La esperanza se desvaneció en la bruma de la desesperación, y la ciudad se sumió en un silencio sepulcral, roto solo por el eco de los pasos de los agentes del régimen.

La traición había llegado desde dentro, como una serpiente que se desliza en la oscuridad, hundiendo sus colmillos en el corazón mismo del movimiento. Las sombras deladoras habían desenmascarado a los líderes estudiantiles, llevando a la caída y el colapso de la revuelta que habían llevado a cabo con tanto coraje. En pocas semanas, el régimen aplastó cualquier intento de resistencia con mano de hierro, haciendo retroceder a aquellos que se atrevían a desafiar su autoridad con una ferocidad implacable. La ciudad se sumió en la opresión y el espíritu de lucha se ahogó por completo. Sara había cumplido su misión.